

ELA NO APTO PARA LA HERENCIA

EDDIE CLOER

Texto: 1º Reyes 16.6, 8-10

En 1977 unos amigos y yo mirábamos un juego de fútbol al que se le había hecho propaganda en todo el país y que se verificaría la víspera de año nuevo. Uno de los equipos era definitivamente el más débil, se esperaba que sería dominado por el otro equipo. Nos acomodamos para mirar lo que creíamos que sería una fácil victoria. Para sorpresa nuestra, desde el saque inicial hasta el último segundo de juego, el equipo inferior mantuvo el dominio y ganó el juego por un amplio margen. No podíamos creer lo que estábamos viendo: ¡un equipo que no era tan aventajado le estaba ganando fácilmente a otro que era mucho mejor! ¿Cómo podía suceder esto? Más adelante, descubrimos que la razón podría resumirse en una sola palabra: «preparación». El equipo altamente favorecido se había confiado demasiado, y había pensado, diciendo: «Todo lo que tenemos que hacer es presentarnos, jugar con desgano, y ganar». El personal entrenador ni siquiera había tomado en cuenta las condiciones del tiempo; las fuertes lluvias habían convertido el campo en un charco de lodo, y el equipo no había traído los zapatos apropiados para la superficie empapada de agua. Como resultado de esto, el equipo que se esperaba que ganaría, resbaló y se deslizó por todo el campo, mientras que el equipo inferior corrió por en medio de ellos hacia la victoria y hacia los libros de marcas. La palabra clave aquí es «preparación».

No debería sorprendernos que uno de los temas dominantes de la Biblia es la preparación. La preparación es un requisito no solamente en los

deportes, si no en todo aspecto de la vida. Nadie está eximido de ella. Ni siquiera Dios se exime de ella.

Por ejemplo, Dios hizo una promesa de tierra a Abraham (Génesis 12.7), pero esperó por lo menos 430 años para llevar a los hijos de Israel, los descendientes de Abraham, a la Tierra de Promisión. Había que hacer preparativos, y esos preparativos tomaron años. Dios escogió a Moisés como dirigente para llevar a Israel a Canaán, pero le dio a Moisés ochenta años de preparación para que él pudiera ser la clase de dirigente que Israel necesitaba. Dios jamás anda de prisa, y jamás llega tarde. Cuando el tiempo fue propicio, cuando los cimientos apropiados habían sido puestos, Dios dio la tierra a Israel tal como lo había prometido.

Así fue con la traída del Mesías, Jesús, al mundo. Dios usó dos eras de la historia de la humanidad: la era patriarcal y la era mosaica, para preparar al mundo para Su venida. Cuando el Mesías por fin vino, el Espíritu Santo designó ese momento de Su venida como «el cumplimiento del tiempo» (Gálatas 4.4).

Juan el Bautista estuvo en la «escuela de predicadores» de Dios durante treinta años antes que se graduara para servir aproximadamente un año como el heraldo que prepararía el camino para la venida de Cristo (Mateo 3.1). Cristo mismo pasó treinta años preparándose y esperando el momento propicio para comenzar Su ministerio terrenal (Lucas 3.23).

Si Dios mismo no se eximió de la preparación, usted puede estar seguro de que no nos eximirá a nosotros de ella. La advertencia de Su Palabra

es que debemos prepararnos o sufrir las consecuencias.

Considere los dirigentes que no pudieron guiar eficazmente, los maestros que no pudieron enseñar con exactitud, los predicadores que no pudieron predicar convincentemente y los atletas que no pudieron desempeñarse a la altura de su potencial sencillamente porque no estaban preparados para sus momentos de oportunidad. Tal vez el error más frecuente que se comete en el mundo es no acertar a prepararse. Vamos por la vida tomándonos las cosas con calma, disfrutando del escenario cuando, de pronto, una gran oportunidad se presenta, y nos toma desprevenidos, no preparados. Luego nos pasamos el resto de la vida azotándonos la espalda de nuestras conciencias con el látigo llamado «si tan solo hubiera estado preparado».

Lo más probable es que el fracaso del cuarto rey de Israel, Ela, fuera resultado de la falta de preparación. W. Graham Scroggie, conocido escritor de temas bíblicos, lo llamó un «tonto confundido».¹ Su reinado fue un desastre porque él no estaba preparado para dirigir la nación. Al ser hijo de Baasa, el tercer rey de Israel, «nació con cuchara de plata en la boca». Tuvo el privilegio de contar con lo mejor que la nación podía brindar a su familia real. Es probable que supiera desde el comienzo de su vida que estaba destinado a sustituir a su padre como rey, a la muerte de este. Un día él tendría el trono, y la nación buscaría en él que la guiara. Necesitaría estar preparado. Si deseaba ser el líder que Dios necesitaba, necesitaría pasar sus primeros años haciendo preparativos para dirigir. La preparación necesaria requeriría tiempo y esfuerzo, meditación y oración, diligencia y disciplina. La pregunta no era «¿Puede hacerlo?», sino «¿Lo hará?». Por alguna razón, la respuesta que el dio fue «No». No sabemos por qué eligió no prepararse. Todo lo que sabemos es que llegó al trono sin prepararse. En consecuencia, su reinado fue breve, triste y lamentable. En lugar de ser monumental, fue malo; en lugar de ser triunfante, fue trágico.

Las Escrituras no nos dicen mucho acerca de Ela como rey. Su biografía divina se escribió en solo seis versículos:

En el año veintiséis de Asa rey de Judá comenzó a reinar Ela hijo de Baasa sobre Israel en Tirsa; y reinó dos años. Y conspiró contra él su siervo

Zimri, comandante de la mitad de los carros. Y estando él en Tirsa, bebiendo y embriagado en casa de Arsa su mayordomo en Tirsa, vino Zimri y lo hirió y lo mató, en el año veintisiete de Asa rey de Judá; y reinó en lugar suyo. Y luego que llegó a reinar y estuvo sentado en su trono, mató a toda la casa de Baasa, sin dejar en ella varón, ni parientes ni amigos. Así exterminó Zimri a toda la casa de Baasa, conforme a la palabra que Jehová había proferido contra Baasa por medio del profeta Jehú, por todos los pecados de Baasa y los pecados de Ela su hijo, con los cuales ellos pecaron e hicieron pecar a Israel, provocando a enojo con sus vanidades a Jehová Dios de Israel. Los demás hechos de Ela, y todo lo que hizo, ¿no está todo escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel? (16.8-14).

Ela subió al trono y reinó durante fracciones de un período de dos años, del 988 al 986 a. C. Esa es toda la historia; no se dice nada más de él. Su breve reinado transcurrió sin ninguna acción importante de parte de él. No fue respetado por el pueblo que guiaba, ni por su propio ejército.

Un día Ela estaba en Tirsa, en la casa de Arsa, su «alcalde en Tirsa», en estado de embriaguez. En ese momento de oportunidad, Zimri, el comandante de la mitad los carros del rey, lo asesinó. Puede que incluso Arsa estuviera implicado en el plan de matar a Ela. La muerte de Ela puso fin a la segunda dinastía de Israel. En su primer acto como rey, Zimri mató a todos los parientes de Baasa, tal como Jehú había anunciado (16.4). Zimri masacró a todos, y no dejó vivo a varón alguno de la casa de Baasa (16.11).

Ela pudo haberse preparado para gobernar. ¿Qué diferente habría sido su reino si se hubiera preparado! No sabemos lo que Dios habría sido capaz de hacer por medio de él, si él se hubiera preparado, pero lo que sí sabemos es que Dios hubiera hecho cosas maravillosas con él y por medio de él.

¿Cómo se hubiera preparado? ¿Qué podía haber hecho?

POR MEDIO DE PRESTAR OÍDO A DIOS

En primer lugar, Ela podía haberse preparado para este puesto de liderazgo por medio de prestar oído a Dios. Los profetas de Dios estaban cerca y estaban revelando la voluntad de Dios. Jeroboam tuvo a Ahías y a un profeta cuyo nombre no se menciona (11.29; 13.1). Baasa tuvo a Jehú (16.1), y estamos seguros de que había otros profetas en los alrededores. Antes de subir al trono, Ela habría tenido muchas oportunidades de recibir la voluntad de Dios por medio de los profetas. Podía haber abierto su corazón al mensaje de estos y haber

¹ W. Graham Scroggie, *The Unfolding Drama of Redemption (El drama de la redención se revela)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1976), 301.

entendido cuál era la voluntad de Dios para su vida y para la nación. Si hubiera recibido la voluntad de Dios en su corazón cuando era joven, habría estado preparado para hacer la voluntad de Dios cuando era rey.

Es posible que uno oiga y no perciba, que uno escuche y no entienda. Jesús habló de los que elegían no oír con sus oídos, ni ver con sus ojos, ni entender con sus corazones (Mateo 13.15). Pablo describió a algunas personas como las que «siempre están aprendiendo y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad» (2ª Timoteo 3.7). Es probable que estas frases describieran apropiadamente a Ela. Tuvo oportunidades para aprender, pero las pasó por alto. Había estado presente para oír a los profetas de Dios hablar acerca de lo que Dios deseaba que se hiciera; pero o fue que no pensó en el mensaje o fue que no se percató del valor de este. Cuando heredó el trono, cuando llegó el momento de que él fuera el hombre para la nación, no tenía la más vaga noción de cómo ser un rey justo.

Dios brindará momentos de oportunidad a nosotros. ¿Nos tomará sin estar preparados, como este rey lo estuvo, la llegada de nuestros momentos de oportunidad? Dios ha hablado por Su Palabra (Hebreos 1.1-2), pero ¿la hemos recibido? Cuando Israel se preparaba para tomar el resto de Canaán, Josué le dijo al pueblo que se santificaran para el día siguiente (Josué 7.13). ¿Cómo se santificarían para el día siguiente? Lo harían por medio de hacer que sus corazones se pusieran en armonía con la voluntad de Dios, desarraigando el pecado de sus vidas, y preparándose para hacer la voluntad de Dios. Esto fue lo que Ela no acertó a hacer. Durante sus primeros años debió haber estado preparándose para dirigir la nación hacia la voluntad de Dios. Por alguna razón, desperdició el tiempo de preparación. Cuando recibió su herencia, no estaba apto para ella.

POR MEDIO DE ANDAR CON DIOS

Ela podía haberse preparado para ser rey por medio de andar con Dios cuando era joven, cuando era príncipe del reino. El rey había de ser el representante de Dios delante del pueblo. No era un político, sino un potentado, alguien que había de dirigir al pueblo por las sendas correctas, hacia los caminos de Dios. ¿Qué mejor manera de prepararse para este puesto que andar diariamente con Dios por medio de la oración y la meditación en la voluntad de Dios para la nación y para el mundo? Si él hubiera andado con Dios durante sus primeros años, habría llegado al trono siendo un

hombre de integridad, justicia y buen juicio. Habría llegado a su reino con un sentido de fortaleza, pues habría estado consciente de la presencia de Dios en su vida. Habría sido un rey aprobado por Dios, y su vida justa podría haber ganado para él el respeto del pueblo. Habría sido capaz de dirigirlos más eficazmente.

Al considerar la idea de andar con Dios, nos acordamos de Enoc (Génesis 5.22). La santa evaluación que hizo Dios de la vida de este fue que «caminó con Dios». Su vida no tuvo nada de superficial, ni de hipócrita. Anduvo diariamente con Dios. Su «andar con Dios» da a entender que tuvo comunión con Dios, que iba en la dirección que Dios deseaba y al ritmo que Dios le indicaba. Este estilo de vida es la preparación que se necesita para el futuro. Nos preparamos para mañana por medio de aprender a vivir en comunión con Dios, aprender a ir en la dirección que Él desea que vayamos y aprender a hacer las cosas con la prontitud que Dios las desea.

Supongamos que Ela hubiera hecho esta clase de preparación antes de llegar a ser rey. ¿Qué clase de rey hubiera sido? Tal vez estaríamos comparando otras personas con él del modo que las comparamos con David. Diríamos: «Usted necesita ser como Ela, un varón conforme al corazón de Dios, un varón que anduvo con Dios». ¿Considere qué clase de rey podía haber sido si hubiera aprendido temprano en la vida a andar con Dios!

POR MEDIO DE CONFIAR EN DIOS

Otro modo como Ela debió de haberse preparado para el trono es por medio de aprender a confiar en Dios en sus primeros años. Necesitaba aprender a obedecer a Dios y a confiar en que Este cumpliría Sus promesas. Para que la nación pudiera considerarse nación de Dios, necesitaba ser guiada a obedecer a Dios y a confiar en Él. Obedecer a Dios es una cosa; otra cosa es confiar plenamente en Dios que Él cuidará de nosotros y nos bendecirá. Ponga los dos juntos, y podrá usted ver la vida piadosa de alguien que obedece la Palabra de Dios y que confía en Dios que hará lo que ha prometido hacer.

Como rey que era debía ser la fuerza estabilizadora de su nación. Cuando los tiempos se pusieran difíciles y los nubarrones de guerra se juntaran, la nación necesitaba un dirigente a quien podían mirar y que les recordara: «Dios está con nosotros, le hemos obedecido y Él peleará nuestras batallas y nos librerá de la mano del enemigo. No se preocupen. Mantengan sus ojos en

Dios». Para que Ela se convirtiera en un rey de este calibre se habrían necesitado que llegara al trono con un historial de confianza en Dios en muchas circunstancias y situaciones difíciles. Necesitaba experiencia, no de preparación en batalla, sino de vivir por fe.

Ela jamás aprendió a confiar en Dios. Tal vez aprendió a confiar en sus riquezas, su posición social, su herencia y su ejército. De modo que, cuando llegó al trono, dependía de sí mismo. Dios responde favorablemente a los que lo buscan para que Él les ayude. Él siempre está escudriñando la tierra en búsqueda de aquellos que tengan corazón perfecto para con Él, con el fin de mostrarse fuerte a favor de ellos (2º Crónicas 16.9). Ela no vio necesidad alguna de Dios, y Este permitió que hiciera frente a las consecuencias de su elección de vivir sin Él.

CONCLUSIÓN

Posiblemente, Ela podría haber sido uno de los más grandes reyes de Israel, pero no estaba preparado. Cuando recibió su herencia, no estaba apto para ella. Se le dio un cetro, pero no supo qué hacer con él. Su falta de preparación puede observarse en su reinado, en su vida y en su muerte.

Ela solo puede recordarse como un rey «que pudo haber sido». Pudo haber sido excelente. Pudo haber llevado a la nación de vuelta a Dios y pudo haber sido el héroe de Dios. En lugar de esto, murió siendo un borracho fracasado. Nada hay más triste que las palabras que se habrían tenido que escribir sobre su lápida:

Aquí yace
Ela
El cuarto rey de Israel
Reinó del 988 al 986

—————
Cuando la grandeza se le brindó,
No estaba preparado para recibirla.

¿Cómo irá a ser con nosotros? ¿Ignoraremos la necesidad de estar preparados? En cada una de nuestras vidas habrá momentos trascendentales que requerirán de preparación: Haremos frente a oportunidades de llevar a otros a Cristo, haremos frente a la muerte, al regreso de Jesús, al Día del Juicio. Amós habló con fuerza, diciendo: «... prepárate para venir al encuentro de tu Dios...» (Amós 4.12b). ¿Estaremos nosotros preparados para

venir a Su encuentro? ¿Qué se leerá en la lápida de nuestro sepulcro cuando nuestras vidas hayan llegado a su fin? ¿Estaremos «preparados» o «no preparados»?

Recuerde la parábola de las diez vírgenes que contó nuestro Señor, cómo ellas tomaron consigo sus lámparas y fueron al encuentro del esposo (Mateo 25.1–13). Cinco de ellas estaban preparadas, y cinco no lo estaban. Cuando el momento de entrar llegó, cinco entraron y cinco quedaron afuera. Medite en estas tristes palabras, tal vez las palabras más tristes de toda la Biblia: «... se cerró la puerta» (vers.º 10). Imagínese lo: «... se cerró la puerta». Su oportunidad se había esfumado, había pasado, era irrecuperable. Cinco vírgenes podían haber entrado, pero no estaban preparadas, no estaban aptas para su herencia. Dios les dijo: «No podéis entrar porque no estáis preparadas».

La más grande de todas las tragedias sería que el Señor nos dijera el último día: «No podéis entrar en el cielo porque no estáis preparados». Tomemos la determinación aquí y ahora de estar «preparados». ◆

*Lección a ser aprendida:
Aprenda ahora a andar en la fe y
la obediencia a Dios, de modo que
esté preparado para recibir su
herencia en el cielo.*

Lugares del reino dividido

Bet-el —lugar en el que se adoraban ídolos, al sur de Israel, aunque se encontraba a poco más de doce kilómetros de Jerusalén y había sido relacionado con la predicación y la oración de Samuel.

Dan —uno de dos lugares que se apartó para la adoración de ídolos, en el reino del norte, ubicado en el extremo norte de Palestina.

Jerusalén —la constante capital del reino del sur y el lugar designado para la verdadera adoración de Jehová.

Siquem —ciudad capital de Jeroboam, al oeste del Jordán, y sitio de su investidura como rey; antiguamente famosa como el sitio donde se erigió el primer altar de Abraham en la Tierra de Promisión.

Tirsa —capital de Baasa en Israel, a unos cuarenta y ocho kilómetros al norte de Jerusalén y a unos ocho kilómetros al este de Samaria.